

## El mercenario

En Bungo

Gonzalo, muy enfadado, se repitió a sí mismo una y otra vez que este sería el final de su trabajo. Estaba cansado de seguir siendo el guardaespaldas de aquel maldito jesuita grandullón que no se estaba quieto mucho tiempo en ningún sitio. Desde que se embarcó en Génova aquel 25 de octubre de 1573 hasta hoy, 8 de marzo de 1581, había recorrido medio mundo intentando ser su ángel de la guarda y como tal así actuaba. De tan invisible era para Valignano, así era como se llamaba el sacerdote, que ni sabía de su existencia. Tenía 41 años y empezaba a sentirse mayor. La vida en Japón empezaba a pesar en su ánimo. Alejado de la pequeña corte del Visitador de la Compañía de Jesús, por razones de su misión, su vida se resumía en tener los cinco sentidos dispuestos en percibir cualquier anomalía en su entorno que pudiera convertirse en una amenaza.

Qué lejos quedaba aquel 1561 cuando, con 21 años, su capitán Ramón Ara, lo presentó al cardenal Borromeo como el hombre idóneo para desempeñar la misión secreta que debía de ocuparlo a lo largo de algunos años. Su respeto se lo había ganado peleando a las órdenes de Diego García de Paredes, en la toma de Trujillo de Venezuela.

Embarcó con 15 años para las Américas como mozo de caballerizas y, gracias a las hazañas y reconocimientos de valor y astucia, volvió con el cargo de alférez de campo. Ramón Ara era deudor de aquel mozo que, en más de una ocasión, le debía la vida. Ahora, en Italia, podía devolverle, de alguna

manera, parte de sus deudas ofreciéndole un puesto que colmaría sus aspiraciones juveniles.

En una estancia fría de un palacio en Nápoles, del que no recordaba su nombre, Gonzalo fue presentado al cardenal Borromeo. Le pareció un hombre afable y educado, pero de mirada profunda. Sus grandes ojos azules le taladraron como intentando ver en su interior los más íntimos pensamientos. Al hablar se le notaba un defecto en la lengua. Llevaba una barba corta, desaliñada, negra, al igual que su pelo. Nariz larga y tez muy pálida. Vestía un traje talar, adornado con, lo que se le antojaron, distinciones de su cargo y tocado con un gorrito morado que solo le tapaba la parte posterior de la cabeza que le resultó ridículo. Presidía solemnemente la cabecera de la mesa en la que les sirvieron vino, dátiles y unos pequeños frutos llegados, según dijo el cardenal, de allende de los mares a los que llamó *litchis*. Gonzalo tomó entre sus manos una copa de vino y esperó. Ara y el cardenal pasaron un tiempo hablando de recuerdos pasados e ignorando su presencia. Después de una sonora carcajada dieron por finalizadas sus efemérides y le prestaron atención. El capitán habló de las muchas cualidades de aquel muchacho. El cardenal asentía con la cabeza y daba a entender que ya sabía de antemano de qué le estaba hablando. Terminada la apología, el cardenal, con un gesto con la mano, ordenó a Gonzalo que se acercara a su lado y, en voz baja y como en una confesión, le puso al corriente de cual iba a ser su cometido.

Su misión, ser el guardaespaldas del clérigo en ciernes, estudiante de teología Alexandre Valignano. Sería su protector en la sombra, no ser visto ni detectado ni siquiera por el individuo al que protegía. Tendría que tejer una red a su alrededor de tal forma que supiese, en todo momento, qué es lo que hacía

y qué amenazas se cernían sobre él. Una vez detectado el peligro, actuar para evitarlo. Debía ser tan sagaz que tendría que adelantarse a las argucias de sus enemigos y tomar las medidas oportunas para anularlas. La pecunia de la que podía disponer era más que generosa. Serviría para asegurar su soldada y atender a toda clase de gastos que su labor requiriese. No se le exigía dar cuentas, siempre que su misión se cumpliera con éxito.

El cardenal, que no había dejado de mirar a Gonzalo fijamente, sacó una bolsa de cuero que al dejarla con fuerza en la mesa hizo tintinear las monedas e invitó con la mirada a Gonzalo a cogerla. Tras una mirada interrogativa a su Capitán, el cual asintió con la cabeza, hizo desaparecer la bolsa en su faltriquera sellando un contrato por el que jamás pensó que estaría comprometido tanto tiempo.

Aquel proyecto de clérigo, hoy, era el Visitador de los jesuitas destacado en Japón, después de recalar en Madagascar y la India.

Por la mañana, había cargado sus dos pistolas, afilado la espada y el puñal, llamado misericordia, para de una vez por todas acabar con Pessoa de Bouro, el maldito portugués que, desde los años pasados en Malaca, intentaba acabar con la vida de Valignano. Estaba contratado por oscuros personajes del comercio y la corte portuguesa que querían quitar de en medio al Visitador, pues, con sus influencias gracias al cargo que ejercía dentro de los jesuitas, era un obstáculo en el negocio de la seda con Lisboa en beneficio de comerciantes españoles. Gonzalo sabía que, para matarlo, tendría que enfrentarse a sus dos perros guardianes, mercenarios ingleses que habían hecho el curso a favor de la Corona Inglesa y que tuvieron que huir cuando fueron inculpados por haber matado a tres de sus compañeros para robarles el

botín. Entraría en el rincón apartado que solían ocupar en aquella especie de taberna portuaria y, sin mediar palabra, descargaría sus armas sobre ellos. Si quedaba alguno con vida misericordia haría los honores. Tras aquello, tenía apalabrada la embarcación que le haría salir hacia otro lugar en donde no era conocido y no sería buscado. El tiempo haría el resto.

Estaba dispuesto a salir del aposento cuando, jadeando y con el rostro desenchajado, entró Aldabas; un fámulo del cortejo del jesuita que, desde los tiempos de Italia, le hacía de espía y le mantenía informado. En Nápoles, cuando hablaron por primera vez de su función informativa, se sintió muy ofendido y se negó de manera rotunda, pero la codicia le hizo cambiar de opinión. Para Gonzalo no fue difícil convencerlo, al fin y a la postre era cuestión monetaria y esa corría a cuenta del cardenal Borromeo «in perpetuum».

El criado, recuperado el aliento, le anunció que, aquella misma tarde, el jesuita salía de Bungo. Con un nutrido séquito se ponía en viaje para visitar al shogun Oda Nobunaga en Hokke. Dio una serie de datos precisos y escuetos, recuperó el sofoco, tomó un vaso de vino y partió a escape.

Fue en ese momento cuando Gonzalo, ya solo, se enfadó de tal manera que estuvo por mandarlo todo al traste. Tanto tiempo preparando una argucia para deshacerse de Pessoa y dar fin a sus cuitas, para que ahora el eterno trotamundos lo echara todo a perder. El portugués, por sus espías, sabría de las últimas intenciones del jesuita. Seguro que tendría sus informadores y lo lógico era que se adelantara al viaje de Valignano para preparar el asesinato en otro sitio distinto más favorable, ya que en esta localidad le era difícil. Los jesuitas tenían ojos y oídos en todas partes. El portugués hoy no acudiría como

siempre a tomarse su jarra de ron con sus dos matones. Gonzalo soltó una blasfemia y empezó a preparar su escaso bagaje. Como siempre, se enmascararía como sirviente en la comitiva del jesuita y, una vez realizado el viaje, se diluiría entre el numeroso público que presenciara el desfile. La misma treta la había realizado infinidad de veces a lo largo de los años que ya llevaba viajando con el Visitador de la Orden. Solo en Mozambique estuvo a punto de descubrirse cuando el jesuita, estando a su lado, le dio una orden que solo un fámulo era capaz de realizar. Aldabas salió al quite excusándole de hacerlo y argumentando que a Gonzalo se le requería en otra parte.

Montado en una mula y ocultando sus armas entre harapos, partió aquella misma tarde camino de la fortaleza de Takatsuki en donde, según sus noticias, pasaría el Visitador la Semana Santa. Viajaba entre los sirvientes que formaban aquella comitiva y que ya lo admitían como alguien conocido. Gonzalo era consciente de que supieran quién era, aunque dudaba si sabían cuál era su misión.

#### En Takatsuki

Una vez que llegaron encontró un lugar apartado, dentro del recinto amurallado, donde vivir el tiempo que restara en esa fortaleza. De noche y disfrazado de fámulo, paseó abriendo mucho ojos y oídos por aquel pueblucho adosado a la muralla, totalmente lleno de gentes de toda condición que aguardaban hacer cola para pedirle al jesuita bendiciones, estampas y «agnus dei». Para obtener información se decidió por el establecimiento que más trasiego de clientes tenía. Era como un pequeño almacén que vendían de casi todo e incluso era panadería. Gonzalo, mintió preguntando al comerciante por

unos amigos que buscaba y que suponía que le precedían. Supo que aquella misma mañana, Pesoa y sus dos guardaespaldas se habían avituallado y habían tomado el camino a Miyako. Le llevaban más de doce horas de ventaja, pensó Gonzalo. Aun estando alejados no pensaba bajar la guardia. Podían tener otros cómplices.

La Semana Santa en Takatsuki fue un tremendo caos. Los japoneses la celebraban llevando multitud de banderas de muchos y vistosos colores que llenaban cada rincón de la fortaleza y el pueblo. Cada vez que el Visitador salía de su aposentos, una multitud multicolor le rodeaba y lo festejaba de tal manera que era imposible vigilar si alguno se acercaba con malas intenciones. Gonzalo, al tercer día, decidió observar lo que a su juicio era el punto más crucial en la seguridad: la cocina. Podían haber decidido envenenar al Visitador.

Si durante el día eran las banderas, por la noche eran las linternas de papel. Miles y miles de ellas suplantaban los colores del día por infinidad de lucecitas. Desde el pueblo, sobre los muros de la fortaleza, diríase que una fila de luciérnagas hubiesen aterrizado para adornarla. Cuando las puertas se cerraban tras los muros, Gonzalo respiraba un poco más tranquilo. Los que quedaban dentro eran muchos menos y más fáciles de vigilar. Entonces iba a la cocina y, haciéndose pasar por un sirviente personal de Valignano, supervisaba la comida al igual que a los cocineros.

Sama era un negro de Madagascar que pertenecía al séquito de sirvientes. Su función era de mera comparsa. No se le exigía hacer nada, ni se le encargaba nada. Cuando llegaban a cualquier lugar, de aquel Japón tan

cerrado al mundo exterior de su isla, era motivo de admiración y sorpresa por parte del público que desconocía la existencia de seres humanos de ese color. Era otra, muchas veces, la excusa de los distintos magnates para establecer contacto con el Visitador de la Orden. Pedían que les mostrara a semejante ser para, una vez pasados los momentos de asombro y desconcierto, hablar con el jesuita de los motivos de su visita. Valignano, desde el principio intuyó esta curiosidad y se preocupaba muy mucho de mostrar a Sama en los distintos pueblos por los que pasaba.

Gonzalo y el negro eran más que amigos. En la India, durante los tres años que el Visitador pasó organizando sus monasterios y el comercio de la seda, el guardaespaldas también hizo de protector de Sama al que querían secuestrar para sacrificarlo en extrañas ceremonias componentes de castas superiores. Un pachama, un paria, un intocable eran las distintas denominaciones que le daban y ni se acercaban para evitar que les tocara su sombra. Era por lo que Gonzalo dormía en el cobertizo con él, para evitar que en la obscuridad de la noche los brahmanes lo raptaran. Desde entonces nació su amistad. Aunque muy limitada por su posición en el cortejo, la acción del negro como confidente era muy valorada por el guardaespaldas.

Cuando entró en la cocina, Sama le lanzó una mirada inteligente. Este último se encargaba «de motu proprio» en meter al horno las viandas que después se servían calientes en el comedor. La función era la más pesada y los cocineros chinos contentos de que la realizara aquel monstruo tan musculado. Con los ojos señaló a uno de los cocineros. Gonzalo se situó tras el chino, separado de él, a su espalda, pero en una posición que podía vigilar

todos su movimientos. Durante los días siguientes en que lo volvió a vigilar, no observó nada extraño.

Mañana, 18 de marzo, era el último día de estancia en Takatsuki y como despedida el daimyo Justo, daría un banquete al que acudirán, además de los caballeros y padres jesuitas que acompañan al Visitador, toda su corte de señores y samuráis. Gonzalo dedujo que si podía haber un momento de peligro en el que Valignano pudiera ser envenenado, era justo en esa celebración en el que el bullicio, el trabajo y las prisas en la cocina podían ser un auténtico caos.

A diferencia de otros días, Gonzalo observó que el cocinero chino llevaba en su mandil una pequeña bolsa. Sospechó desde el primer instante del contenido de la misma y se decidió a estar mucho más atento a los movimientos de sus manos. Se daba la circunstancia que hoy se había colocado en los fogones encargados de preparar la comida para la presidencia. En un aparte, consultó con el jefe de cocinas si había sido él el que había asignado al ese cocinero como uno de los que realizara los platos especiales para el directorio. Sin prestarle mucha atención le contestó que eran los mismos cocineros los que elegían los fogones. El cambio de lugar de trabajo le hizo sospechar mucho más.

El cocinero separó la comida ya cocinada a un lado del fogón, para que los servidores del comedor la prepararan en los platos y presentaran a la presidencia. Con prisa levantó la mano solicitando permiso para ausentarse de la cocina. Gonzalo que estaba atento a cualquier señal, reparó que ya no llevaba la bolsa en su mandil. Sin pensarlo dos veces, tomó un puñado de ceniza del fogón y lo lanzó al plato que en ese momento preparaban los



servientes. Sorprendidos lanzaron un grito, que hizo que el jefe de cocina se horrorizara al ver semejante estropicio. Rápidamente, ordenó tirar semejante contenido y preparar otro con productos de otros fogones.

Gonzalo salió tras el cocinero que, al verse amenazado, había abandonado presurosamente la cocina. Corriendo a través del almacén, derribó varios bultos que obstaculizaron la carrera de su perseguidor. Cuando lo alcanzó en los jardines, estaba intentando mantenerse en pie mientras se desangraba a causa de una flecha que le atravesaba el cuello. Gonzalo se parapetó tras un árbol protegiéndose de otro posible venablo e intentando averiguar desde dónde habían asaetado al cocinero. La muerte del chino evitaba su interrogatorio y saber que motivos y quiénes estaban detrás de la trama.

Cuando, al día siguiente, partieron para Miyako, nadie comentó nada del incidente de la noche. El señor de la fortaleza silenció el hecho para no estropear, en el último momento, la estancia del Visitador. Lo que se sabía es que Valignano, aquella mañana se había levantado con una indisposición intestinal, no tan importante como para suspender el viaje. Gonzalo dedujo que una parte pequeña del veneno se había deslizado a algún otro plato

### En Hokke

El viaje tenía como fin visitar al shogun Oda Nobunaga, jefe del clan Oda y enemigo ancestral de los Azai y los Takeda, casi extinguidos por las continuas luchas entre clanes. Nobunaga había tenido puestos importantes y principales en la corte, habiendo sido nombrado Sangui y Ukone no Daisho muy cercanos al trono. Entre los muchos que habían jurado matarle estaban

los monjes guerreros, los temibles Ikko-Ikki miembros de la secta budista de Jodo Shinshu, con los que había estado guerreando durante doce años.

Gonzalo sabía de todas estas intrigas y su plan era aprovecharse de alguna de ellas para deshacerse del portugués, enmascarando el hecho como una conjura contra el shogun.

Arribaron, tras un viaje muy penoso del Visitador a causa de sus dolencias estomacales, en el monasterio de Hokke. Como siempre, el guardaespaldas, se aposentó en un lugar discreto, alejado de los padres y caballeros que eran la primera línea del jesuita. Con el único que tenía contactos esporádicos era con el padre Organtino, que consideraba a Gonzalo un sirviente muy especial por sus preguntas y por sus constantes ausencias. Sospechaba algo extraño pero nunca preguntó nada.

Entre Nobunaga y el Visitador durante una serie de días se prodigaron visitas particulares en las que se intercambiaron multitud de regalos. Comentada fue en la que el shogun, hizo lavar a Sama hasta tres veces para ver si el color de su piel desaparecía.

Como estas entrevistas se realizaban solo y exclusivamente en presencia de las dos correspondientes delegaciones privadas, Gonzalo se dedicó a procurarse toda información que le diera alguna pista de dónde o en dónde podía ser víctima el Visitador de un atentado mortal.

Se enteró de que el día uno de abril se celebraría un gran desfile pero no le preocupó. El jesuita junto a Nobunaga lo presidirían, pero estarían tan alejados de la plebe y tan arropados por la guardia personal del shogun, que haría inútil todo intento de atentado.

Estaba aquella noche en un tatami de un prostíbulo, saboreando una botellita de ama-zake cuyo sabor dulzón no le disgustaba, en compañía de la prostituta de turno, cuando escuchó al otro lado del biombo una conversación que le hizo envararse. Mandó callar a su acompañante que, al ver el ceño fruncido del español, se abstuvo muy mucho ni de hablar e incluso de mover una pestaña.

Los dos hombres que hablaban distendidamente, eran trabajadores de una Tehshu o torre del homenaje, que el shogun estaba construyendo en Azuchi. Se vanagloriaban de que, al ir a por materiales al próximo lago Biwa, un portugués les había dado el montón de dinero, que ahora dilapidaban, simplemente por informarle de como era la distribución de dicha torre y los caminos del monte Azuchiyma que conducían a ella.

Gonzalo lanzó una moneda, por encima del biombo, que fue a caer delante de los locuaces obreros. Cuando cayó la segunda, la curiosidad hizo que se intranquilizaran. A la tercera, también cayó el biombo que los separaba. Pasaron el resto de la noche en animada charla. De ella obtuvo la información que buscaba.

Pesoa vivía en una cabaña de pescadores en el lago próximo a la torre que pronto visitarían Valignano y Nobunaga. El guardaespaldas, fiel a su misión, se dispuso a salir al día siguiente para preparar las medidas necesarias para neutralizar la amenaza y, a ser posible, acabar de una vez por todas con el maldito portugués. Antes solicitó de Aldabas el robo de un objeto del museo que poseía el shogun. El fámulo accedía libremente al ser encargado por Nobunaga, del traslado al mismo de todos los regalos que el visitador le había hecho.

## A orillas del Biwa

Recorrió el camino que le separaba de Azuchiyama a galope y a media tarde se encontraba al pie de la Tehshu. Accedió a su interior gracias a los dos trabajadores que lo reconocieron de su encuentro en el prostíbulo y Gonzalo, pudo recorrer sus seis pisos de altura admirando el arte de Kano Eiruko, un pintor que decoraba aquella estancia con motivos de halcones, dragones y tigres.

Desde la parte superior de la torre, todavía sin terminar, pudo ver, no muy lejos, la orilla del lago Biwa.

Pessoa, en la cabaña que habitaba, estaba acompañado por sus dos inseparables corsarios. Llevaban varios días acumulando pólvora, con la excusa de preparar los fuegos artificiales que amenizarían la visita próxima del shogun y del jesuita. El plan que habían fraguado era el de preparar una gran voladura al costado del camino a la Tehshu y matar al Visitador sin importarle mucho hacerlo también al Shogun y a una cantidad ingente de personas de los sequitos.

Gonzalo estuvo varios días viendo como acarreaban el explosivo y como lo escondían en una zanja, vigilando sus movimientos desde lo alto de la torre. Al segundo día y, ya próxima la llegada del cortejo a visitar la torre, hizo que uno de los trabajadores conocido bajara a orillas del lago a entrevistarse con Pessoa para ofrecerle un objeto de mucho valor. Le explicó que se lo ofreciese como una pieza familiar, de la cual debía de desprenderse y le marcó un precio que estaba seguro que sería una tentación imposible de negarse.

Al día siguiente, el amigo trabajador le contó a Gonzalo todos los pormenores de la transferencia e intentó entregarle el dinero del comercio.

Cuando el guardaespaldas reiteró que el dinero era suyo, siempre que guardara el secreto de todo lo pasado, el trabajador, con una tremenda inclinación, juró por su vida que el secreto le acompañaría a la tumba.

Gonzalo tenía ya la parte principal de su plan en marcha. Aquella misma tarde bajó hasta las orillas del Biwa y estuvo observando la cabaña del portugués. Cuando vio que salía, siempre en compañía de su dos guardaespaldas, aprovechó para deslizarse a su interior. No encontró más que ropas de dormir y, sobre la mesa, un opúsculo de explosivos, un manual militar de su uso y unas pocas monedas. En un rincón, preparados como para una marcha inminente, toda la indumentaria de los tres hombres. Tomó las monedas, deshizo los fardos de viaje y salió. Era muy importante que supieran que les habían robado.

Más tranquilo, en su aposento del Thenshu, dedujo que tras el atentado los tres pensaban salir precipitadamente y, con el miedo de un robo, aseguró que Pessoa llevase encima el objeto valioso que había comprado.

Mañana sería el gran día. Entrada la noche, bajó hasta la zanja. Direccionó las mechas e hizo un pequeño cambio en los explosivos.

A la mañana siguiente cuando Pessoa llegó, no observó nada extraño y se ocultó dispuesto a matar al Visitador.

La comitiva subía por el camino hacia la magnífica torre. En cabeza iba Alessandro, escuchando a Oda Nobunaga que, a tenor de los gestos que hacía, magnificaba la obra que iban a visitar y que asomaba en lo alto del camino. Le seguían un gran séquito entre samuráis, padres jesuitas y sirvientes de ambos señores.

La explosión sonó lejana, en el bosque y sorprendió a todos. Pessoa se dio cuenta de que había fallado y que alguien le había saboteado el atentado. Fue descubierto por los samuráis que le rodearon lo desarmaron y lo sacaron al camino en presencia de los mandatarios. Los dos guardaespaldas intentaron huir y se encontraron con las dos pistolas de Gonzalo, que las descargó a bocajarro en el pecho de aquellos indeseables. Lentamente y rodeado de samuráis que le amenazaban con sus catanas, también le hicieron salir al camino.

Cuando Oda Nobunaga pidió una explicación, Gonzalo señalando a Pessoa le acusó de haber querido dar muerte al shogun por pertenecer a un clan enemigo de los Odas. El portugués permanecía callado pues no era capaz de modular palabra. Repuesto de la sorpresa del primer momento chilló a Gonzalo que probara lo que decía. Cuando el guardaespaldas pidió que le registraran ya sabía lo que iban a encontrar.

Escondido entre las ropas del portugués, un guardia enseñó a su señor el puñal que acababan de encontrar. La daga era una joya que ostentaba en su puño el signo de los Takeda. Oda Nobunaga, cuando observó la marca de sus enemigos, hizo una señal al samurái que se encontraba a espaldas del portugués y una catana le cercenó la cabeza.

Gonzalo explicó quién era y cuál era su misión, sabedor que con aquella confesión, terminaba su trabajo de tantos años.

Al día siguiente se despidió de sus amigos. Aldabas quiso aclarar algo, al respecto de la daga encontrada entre las ropas del portugués, pues le resultaba muy parecida a la que robó en el museo de Nobunaga. Gonzalo le respondió con una sonrisa.

## Nápoles

El cardenal Borromeo lo recibió en el palacio con una sonrisa. Pasaron a una estancia privada y, durante dos horas, Gonzalo le contó todas las vicisitudes de aquellos 21 años a su servicio y a la sombra de Valignano. En un momento quiso mostrarle una especie de resumen de cuentas de los dineros recibidos. El cardenal rompió los papeles y arrojó los trozos al fuego de la chimenea.

Antes de despedirse, el cardenal le entregó una carta de su amigo el capitán Ramón Ara. Le comunicaba que, habiéndose quedado casi ciego por el falso disparo de un mosquete, le conminaba a reunirse con él en el palacete de sus tierras en Alicante.

Con una bolsa más que generosa, recompensa a los servicios prestados, se embarcó hacia España dispuesto a reencontrarse con su antiguo camarada de armas en busca de nuevas aventuras más acordes con las edades que ostentaban. Pero eso, ya será otra historia.